

VICENTE ÁLVAREZ ARECES\*

## La actualidad de Emilio Barbón para la acción política.



Las sociedades evolucionan desde el reconocimiento del legado de personas que, como Emilio Barbón, han aportado sus mejores capacidades a la construcción de un territorio social de compromiso con los derechos y libertades.

Desde el punto de vista político, recordar a Emilio, es recordar toda una serie de valores que siendo los que permitieron a los españoles recuperar la libertad y consolidar una democracia solidaria y justa, partícipe de la construcción de la Unión Europea —otra de las grandes aspiraciones de las generaciones españolas del siglo pasado—, son también los que nos van a permitir construir futuro.

La importancia que tiene la figura de Emilio Barbón escapa a cualquier consideración meramente patrimonial y de coincidencia ideológica, y se acerca al incuestionable legado que atesora unos valores que ya forman parte del consenso social de nuestros días.

De tal manera ha cambiado la sociedad española y asturiana, que la excepcionalidad del compromiso de lucha que, desde muy joven y en circunstancias políticas, sociales y personales adversas, guió los setenta y tres años de vida intensa de Emilio Barbón, podrá parecer a las jóvenes generaciones el relato épico de un pasado lejano. Acaso esta percepción sea una de las más felices consecuencias de la vida de clandestinidad, interrogatorios policiales y efectivo compromiso con el parlamentarismo democrático de Emilio Barbón y tantos otros hombres y mujeres que compartieron su tiempo e ideario. De ellos nos queda la conciencia de que para hacer la libertad

---

\* *Presidente del Principado de Asturias*

tenemos que empezar por superar las limitaciones que impiden imaginar nuevos espacios y posibilidades de acción social y política; que encontrar la libertad supone atreverse frente a los poderes que nos meten miedo para disuadirnos del ejercicio de nuestras convicciones y discrepancias.

La libertad y prosperidad alcanzadas en nuestro país vienen de la lucha de gente como Emilio, que, en su caso, fue también desde muy joven el ejercicio del liderazgo político y sindical desde la cercanía y la inmediatez a una realidad sórdida y represiva de aquel tiempo en que era norma la exclusión de lo diferente y lo anómalo según la consideración de los patrones ideológicos del nacional-catolicismo.

Tanto o más heroica que la actividad política clandestina, resultaban las propias condiciones de vida de las personas discapacitadas, objeto de menosprecio, cuando no de ocultación. A todas las limitaciones, las de la invalidez permanente en las dos piernas y las impuestas por la Dictadura, supo sobreponerse Emilio con la férrea voluntad de un hombre para el que nunca existieron barreras insalvables, con la complicidad admirable, constante y fiel de Manolita y de toda su familia, y con un carácter de tolerancia y siempre muy jovial. Con ese carácter lo conocí y participé de su amistad, con él representó a los asturianos en el proceso de construcción de la Democracia y de la Autonomía, primero

como Diputado de las Cortes por Asturias en las primeras elecciones, contribuyendo a la aprobación de la actual Constitución española y, después, desde el Consejo de Gobierno preautonómico como Consejero de Trabajo y Acción Social. Volvió a retomar ese compromiso con su tierra cuando en mayo de 1998 fue elegido Magistrado del Tribunal Superior de Asturias.

Cuando estamos próximos a conmemorar el trigésimo aniversario de nuestra Constitución, y nos esforzamos por hacer partícipes a los más jóvenes de la trascendencia y significado que tiene un periodo tan prolongado de libertades, paz y convivencia democrática, parece oportuno reafirmar los valores de la democracia representativa, aun reconociendo que en estos años ha habido una transformación de la política, al surgir más formas y cauces de expresarse y de actuar en política que los estrictamente institucionales.

La acción política y la democracia representativa se han reforzado con una más intensa participación ciudadana, que reclama que los avances políticos y sociales no se fijen únicamente a la dedicación de los representantes políticos.

El propio Emilio Barbón decía que “la fuerza de la democracia es una creación social y son los hombres y mujeres que la apoyan quienes encarnan su im-

---

A la derecha, Vicente Álvarez Areces  
con Emilio Barbón



Foto: JOSÉ LUIS - El Contao

pulso ético y su afán regenerador”. Por lo tanto, la fuerza real de la democracia está en la ciudadanía, en que cada día haya hombres y mujeres impulsando más justicia, más progreso y más solidaridad, tanto a través de los partidos políticos como de todo tipo de asociaciones y colectivos.

La nuestra es una sociedad normalmente politizada, con una dinámica similar a la de las más desarrolladas de nuestro contexto europeo. Es una sociedad en la que tienen cada vez menos eco los llamamientos de resistencia y confrontación, y que exige una política al margen de heroísmos y profetismos. En nuestros días, la política, antes que el mandato de imponer y obligar, recibe la capacidad para configurar y generar incentivos de seguridad, crecimiento y solidaridad.

En Asturias, los socialistas lo hemos entendido así, y lo hemos trasladado a nuestra acción de gobierno, que ha tenido presente desde 1999 el diálogo con las preocupaciones mayoritarias de la sociedad, y la cooperación y el consenso con los agentes sociales como un valor añadido de nuestra acción política.

A través de sucesivos acuerdos, hemos sumado a la voluntad del Gobierno del Principado de Asturias la de los agentes sociales y económicos más

representativos de la Comunidad Autónoma. Con el último de ellos, el *Acuerdo para la Competitividad, el Empleo y el Bienestar de Asturias*, compartimos objetivos y responsabilidades con los agentes sociales, y creamos el clima de confianza mutua que garantiza la suma de esfuerzos privados y públicos, institucionales y sociales para fortalecer el modelo de desarrollo económico, cohesión territorial y solidaridad que defendemos para Asturias.

Hemos conseguido, en los últimos treinta años, consolidar en nuestro país el respeto a los derechos humanos y el imperio de la ley y los valores de convivencia democrática, pero aún quedan riesgos que afrontar: son los riesgos del desempleo y la precariedad del empleo, de la violencia terrorista y de género, la alteración del equilibrio ecológico y, particularmente, el riesgo de debilitamiento de las estructuras, las instituciones y servicios de solidaridad y protección social. Pero, con todo, lo peor no es que haya riesgos, sino que haya miedo para hacer valer nuestras convicciones. De ahí el valor perenne de la lucha vital de socialistas como Emilio Barbón, que nos han enseñado que no existen más barreras insalvables que las de la propia voluntad. ❁